

TRATADO SOBRE

LA ENVIDIA Y LOS CELOS

EN LA IGLESIA

TOMAS DE LA TORRE LENDINEZ

Introducción general.

La psicología humana tiene muchas manifestaciones que son la prueba de que somos hijos de una imperfección, consecuencia de una similitud con Dios, hechos a su imagen y semejanza, pero como seres imperfectos con virtudes y defectos, con valores y todo lo contrario.

Entre estos contravalores aparecen los celos, que pueden ser los hijos legítimos de la envidia uno de los siete pecados capitales, que recogía el catecismo secular de la Iglesia Católica.

¿Fue la envidia la causa del primer pecado de Adán y Eva?. Seguramente sí, porque la serpiente sedujo a Eva con la frase: “Si comes del árbol prohibido, seréis como dioses”. Es decir, ya no tendrás que rendir culto a Dios Padre, ya que podréis tutear al mismo Dios bíblico.

En este tratado sobre los celos deseo probar cómo la envidia y sus hijos los celos son la grasa que engrasa las relaciones humanas desde el origen de la propia humanidad, y cómo la madre envidia y sus hijos los celos han sido, son y serán la causa de guerras entre naciones, de rupturas familiares, de separaciones matrimoniales, de asesinatos entre iguales, de aniquilación entre desiguales, y de otras tantas situaciones que saldrán a lo largo de estas páginas, escritas con el afán de prevenir sobre las consecuencias de los celos y descubrir el juego sucio de los hipócritas que juegan con dos caras y dos barajas en dos mesas de participación diversa, donde desean vencer sin convencer y ser admirados ante su público, cuando son despreciados a sus espaldas por su propio público, que parece aplaudirles sonoramente.

Tratamos únicamente de destacar cómo la envidia y sus hijos los celos parecen ganar siempre sobre la persona o institución atacada, cuando es una victoria pírrica, ya que lo que la historia recoge, luego, en el juicio particular y en el Juicio final, ante el único Juez de vivos y muertos, será hecho añicos por la Sabiduría divina a la cual es imposible engañar con los subterfugios y circunloquios que en este valle de lágrimas tanto utilizan los envidiosos y celosos contra las pobres víctimas de sus ataques y anulaciones.

Es la historia, maestra de la vida, la que recoge las victorias de los amigos de la envidia y los celos, historia que se acabará cuando el Señor venga a sentarse sobre el trono de su gloria y todos comparezcamos ante su docta Sabiduría.

Los celos en la Biblia

Si admitimos que el primer pecado de la pareja, Adán y Eva, fue fruto de la envidia y de los celos, sus hijos, una vez expulsados del jardín del Edén, Caín y Abel son legítimos herederos de unos padres que desearon rebelarse ante el mismo Dios Creador.

El Padre aceptaba, nos dice el dato bíblico, los sacrificios que Abel le ofrecía en acción de gracias y adoración, mientras en Caín crecía la envidia y los celos como la hierba al borde del camino cuando llueve y sale el fuerte sol de la primavera. Éste último llevado

de su envidia celosa es el primer homicida de la historia de la salvación, cuando con una quijada de burro deja muerto a su propio hermano Abel.

La huída de Caín de la escena del crimen, la respuesta que le da al Padre tratando de convencerle que él no era el guardián de su hermano Abel, va a ser el inicio de una historia de fidelidad e infidelidad que protagonizará el pueblo elegido por Dios, el pueblo de Israel, rompiendo ininidad de veces la Alianza realizada por Dios con el pueblo exigiéndole solamente una fidelidad que le niega la propia comunidad, aunque algunos sí fueron fieles a la Alianza de modo puramente personal o familiar, como fue el caso de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Josué y tantos otros que están fijados con letras de oro en la historia de la salvación.

Con la llegada de la monarquía al pueblo de Israel, la infidelidad por envidia y celos hacia los semejantes vuelve a salir en un momento histórico especial: el rey David, el gran rey de Jerusalén, de cuya estirpe nacería el Mesías, comete un pecado muy grave: envía a primera línea de lucha al general Urías, para que los enemigos lo aniquilaran y, mientras, el rey David tomaba a la esposa del difunto como propia.

El diálogo entre el profeta Natán y el rey David es un ejemplo de reconocer un pecado de envidia lujuriosa y de celos a que aquella mujer fuera de otro hombre.

El arrepentimiento de David expresado en muchos de los Salmos que están escritos en las páginas de la Biblia nos prueban cómo un ser humano puede y lo hace, porque es libre para tomar decisiones aunque sean equivocadas y pecaminosas, llevado de envidia y celos, al reconocer su pecado, le conducen al llanto físico y a la firme contrición de no volver a pecar más.

La presencia de los profetas, tanto mayores, como menores, llevarán al pueblo de Israel a reconocer sus diversas rupturas de la Alianza, sufriendo, incluso, el destierro a Babilonia, de donde vuelven dispuestos a que nunca más irán por libre sino siendo obedientes y fieles a la voluntad de Dios, lento a la cólera y rico en piedad con su pueblo elegido y amado.

Cuando llegue el Mesías, cualquier presencia de envidias y celos serán inexistentes, pensaban bien los bienpensantes miembros del pueblo de Israel.

Nada más lejos de la realidad. Cuando nace Jesús de Nazaret es causa de envidia y celos en un rey Herodes que ciego del nacimiento de un opositor ordena matar a todos los niños menores de dos años para acabar con aquel Niño que había nacido en un pesebre en la ciudad Belén, de quien decían que era el Rey de Israel.

Cuando el hijo del carpintero sale a la vida pública, aunque siempre busca y predica la humildad, el amor, incluso, a los enemigos, procura no mezclarse y lo consigue entre los celos y envidias dentro del grupo de los doce apóstoles sobre quien es el más importante en el Reino de los Cielos.

Una vez más, la infidelidad entra en escena mezclada con la avaricia y codicia, otro de los pecados capitales. Judas Iscariote, el traidor, es envidioso, celoso, avaro y codicioso, no tiene empacho en entregar al Maestro por treinta monedas, que luego le quemarán las manos y las devolverá, pero su acción traidora le conduce a ahorcarse.

Los puros y los perfectos del judaísmo tradicional serán los que pidan, por envidia y celos contra Jesús, su muerte en la Cruz delante del gobernador Poncio Pilato, porque se ha igualado a Dios y ha cometido la herejía de afirmar que El es el Hijo de Dios, el Mesías prometido y anunciado por los profetas.

Aquellos ejecutores de la muerte del Salvador nunca admitirán su error, su pecado de envidia y celos, nunca reconocerán la Resurrección del Señor, nunca será Jesús el Mesías esperado, que aún siguen esperándolo. Así les va hasta nuestros días.

Los celos en la historia humana

Tengamos en cuenta que la historia humana, independientemente de un país u otro, se construye sobre la envidia y los celos.

A la altura de este tratado, conviene señalar que existen dos grandes corrientes de pensamiento sobre el concepto de la envidia.

La primera, se sitúa en la llamada envidia sana, que equivale al autodomínio, a la lucha por el propio esfuerzo, al afán de superación, al estímulo por la competición, que es algo tan humano y necesario que sin él la sociedad, la ciencia, la civilización y la cultura no hubieran avanzado a lo largo y ancho de la geografía mundial.

Sin esta lucha contra las adversidades, sin este afán de conquista Cristóbal Colón no hubiera salido del puerto de Palos en Huelva camino del descubrimiento americano.

Sin esta evolución de la ciencia, los tres astronautas americanos no hubieran pisado el suelo lunar nunca en la historia humana.

La segunda, se sitúa en la envidia negra que pare hijos llamados celos a espuestas, tanto en las relaciones de la pareja, la familia, la empresa, y la sociedad entera. Este tipo de envidia es lesiva siempre, es empalagosa cuando interesa y es motivo de infelicidad permanente para el envidioso y celoso, quien nunca le satisface el mal inferido a su semejante, siempre desea más sangre derramada, cuanta más mejor, y así hasta el final de sus días, y siempre deja alumnos que tratan de aventajar al maestro envidioso y celoso hasta las trancas.

Si la historia humana hubiera que resumirla en una frase lapidaria sería ésta:

El refrán castellano lo aclara: Si la envidia fuera tiña, todos seríamos calvos.

La envidia y los celos se contagian por ósmosis, por respiración, por los ojos, por los oídos, por la lengua destructora, por el impulso de la compañía, por los cuentos narrados y por los genes con los que los seres humanos nacemos.

La envidia y los celos se contagian más por la edad, porque cuando se es joven los demás te miran y no dan importancia al jovencuelo que se abre al mundo, pero cuando ese hombre se hace adulto y muestra sus dotes, sus dones, sus obras, entonces la cascada de zancadillas, mentiras, pedradas y palos en las ruedas salen desde cualquier

rincón para detener a “ese crecido y creído de unas potencias que no tengo yo que soy el envidioso y celoso profesional”.

Siguiendo la sabiduría popular del refranero castellano echamos mano del mismo cuando dice:

¿Quién es tu propio enemigo? El de tu mismo oficio.

Es cierto como la vida misma. El enemigo envidioso y celoso siempre está en la misma profesión, en el puesto de trabajo, en la empresa laboral, en la misma familia y entre los vecinos del edificio o calle donde uno vive.

Cuando la persona es observadora del ambiente que le circunda, cuando se oye el silencio sonoro de los demás, cuando los saludos de rigor se vuelven fríos, cuando los jefes de la empresa llaman a un inocente acusado por unos sombríos enemigos, cuando se acude a un grupo parlante y de golpe callan, cuando se acude a una reunión formal que requiere constar en acta la asistencia y no se aparece en ella, cuando la manía persecutoria no se detiene durante largos años, entonces esa persona es víctima de envidiosos y celosos mientras viva.

Siguiendo con el refranero popular castellano nos encontramos con el dice:

De celos y envidias están llenas las vías

Cuando las calles, los caminos y las vías públicas están llenas de envidia y celos no basta más que verlos retratados en la proliferación de los odios y celos confesados o inconfesables, a los que asistimos a su conocimiento nada más que acudir a un quiosco de prensa y echar un vistazo a las portadas de revistas de papel couché. Cuando prendemos una emisora de radio y se encuentra con tertulias llenas de lenguas viperinas contra la gente del famoseo y el artiteo. Cuando acude cualquiera a observar un programa televisivo de la conocida “telebasura”, donde unos y otros, invitados y colocados fijos, presentan sus intimidades que son envidiadas celosamente por los tertulianos y espectadores fijos de estos bodrios de programa televisivos.

Siempre han sido las envidias y celos residenciados propiamente en pequeñas aldeas o pueblos de pocos habitantes, donde siempre se decía con retranca castellana que tal persona la envidia y los celos no le dejaban crecer y, por lo tanto, era llamado enano mental y hasta físico.

Ahora, con la comunicación global, las envidias y los celos se encuentran por doquier. Por ejemplo, en la Red de Internet estamos asistiendo a una nueva plaza de toros, donde el buen torero levanta pasiones encontradas entre la admiración y la envidia y los celos, ya que millares de espectadores no son capaces de hacer las filigranas gramaticales, que los enanos mentales están castrados para imitar torpemente aunque sea una mala copia o un descarado plagio.

La estulticia de la pasión por la política está produciendo unos navajeos entre los profesionales que comen de la acción pública, aunque sean democráticamente elegidos en las urnas. Las envidias dentro de los partidos políticos, los celos fruto de una pasión desatada contra el adversario lleva a actuaciones de espionaje, de búsqueda de

documentos comprometidos para implicarlos en asuntos de corrupción, la posterior publicación de los mismos y el posible enjuiciamiento de los encausados.

Las envidias y los celos se encuentran, en estos tiempos más que antes, engrosando las relaciones bancarias, los descubrimientos científicos, la enseñanza desde la guardería infantil hasta la universidad, los intercambios comerciales entre las empresas y los países, y el propio espionaje político.

La postura de la envidia y los celos lleva a países de gran tradición democrática a espiar a otros iguales y compañeros de pensamientos y acciones, a través de agencias camufladas entre siglas, usando la alta tecnología que hoy se fabrica en manos de los grandes gigantes de la informática.

Cuando alguien se escapa de esa red de espías, más propia de los largos años de la guerra fría, y publica documentos y resultados de las campañas de vigilar a los propios países amigos, los señalados se ponen nerviosos y balbucean que todo se acabará y solamente espiarán un poquito.

Como si la envidia y los celos fueran unos animales que comen poca carne. Ni mucho menos: la envidia y sus hijos los celos son unos bichos que tragan todo el forraje que se les pone delante, la carne que venga detrás y el pescado que sigue. Unido, finalmente, a un pantagruélico postre de todas las frutas posibles incluida la manzana del árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, en cuyo fruto cayeron Adán y Eva.

Los celos en la Literatura

El gran vehículo de comunicación verbal y escrita es la Literatura, sea en verso, prosa, teatro, novela, memorias, ensayo o tratado. Desde el comienzo de la vida literaria humana uno de los pecados capitales como la envidia y sus hijos los celos entraron por la puerta grande y con letras gordas y bien visibles a miopes y similares.

En muchas grandes obras de la Literatura la envidia celosa entró como segundo plano, donde personajes de fila secundaria eran los que sembraban con avidez raíces de envidia y celos entre los protagonistas de la trama que se estaba exhibiendo sobre unas tablas o estaban escritas en letra de molde en los viejos folletones decimonónicos publicados por diarios para masas medio analfabetas, pero que se identificaban con los personajes de la ficción cuando en la casa lo leía para todos los miembros familiares quien supiera leer en la unidad familiar, en las eternas noches de invierno o en las insoportables noches de verano motivado por el voltaje canicular.

El arquetipo más literario y conocido en la historia es Otelo, la obra de Shakespeare, del mismo nombre. Los celos de Otelo han pasado hasta nuestros días como una herencia genética y hasta cultural. Estos celos producidos por la envidia y la mentira han convertido al moro de Venecia en una figura citada hasta en la psicología y en la psiquiatría.

Los morunos celos de Otelo le llevan a matar a su amada y a suicidarse él mismo. Quien padece estos celos envidiosos son bastantes de los que llegan a cometer el asesinato de sus parejas en las tragedias domésticas, que hoy se conocen políticamente correctos

como crímenes de violencia de género, lo que siempre en el periodismo de sucesos se han llamado crímenes pasionales.

Porque los celos pasionales son los que conducen, inevitablemente, a un tipo de locura, donde la obcecación mental es total, donde el dominio de la voluntad sobre la inteligencia es nulo, y donde el desenvolvimiento trágico es la consecuencia final de un drama que se mastica en el ambiente del hogar y en la propia vecindad de los implicados en los llamados siempre como crímenes pasionales.

Cuando las cifras de los crímenes pasionales, a imitación de Otelo, suben cada año no es por motivos puramente culturales, es porque la envidia celosa se ceba dentro de las parejas, situadas en una sociedad tan permisiva con separaciones y divorcios exprés, absolutamente legales, que cuando algo o alguien se interpone en la deriva de los conflictos hogareños, normalmente una tercera persona, la tragedia se ve venir a una velocidad de vértigo con todas las consecuencia de sangre para engrosar la lista de nuevos asesinatos y suicidios y salir publicados en los medios informativos.

La erradicación de la envidia y sus hijos los celos de la sociedad de hoy es muy difícil, a pesar de los esfuerzos educativos que se hacen en los centros de enseñanza y en las familias para poner en igualdad de trato en derechos y deberes a mujeres y hombres.

Desde la adolescencia se ve o se intuye el camino que cada persona toma, porque el respeto dentro de las parejas en ciernes ya se nota el machismo desafortado o el feminismo descarado, que conduce a ese chico o chica al enfrentamiento total.

Ciertamente, en la adolescencia y primera juventud no entran a aumentar los casos de crímenes pasionales, pero con la pura observación de más de cuarenta años dedicado a la enseñanza en centros públicos se puede concluir qué personas serán carne de cañón de hogares rotos y, por lo tanto, víctimas de una atmósfera claramente celosa conducente a cualquier situación fácil de imaginar.

El machismo lo viven los niños en sus casas. El machismo es la prueba de cómo un sujeto, lleno de soberbia celosa, desea dominar a su pareja al dictado de caprichos infantiles: no te pongas esa ropa, no hables con fulano, mírame solamente a mí, tú eres mía exclusivamente, me tienes que dar cuenta de todos tus actos....

El otro extremo, el feminismo brutal ha aparecido y ha entrado en los roles de actuación de las chicas jóvenes de una manera excesivamente pendular en las pautas de conducta. Las frases salidas de las bocas juveniles femeninas son tan terribles como las de los chicos. Por ejemplo: ten cuidado con esa que es una lagartona, apártate de esa que es una fulana, te he visto cómo mirabas a tal chica y cómo ella te correspondía rendida con los ojos como cordera mansa, no te pongas tal colonia que despiertas la libido en la chicas de la clase....

El control hoy, por medio de los artilugios de la informática, de uno sobre otra, o de ésta sobre él es propio de los mejores servicios de espionaje de los países más avanzados. Por ejemplo, ambos se dicen mutuamente: tienes que ponerme un mensaje cuando llegues a tu casa; debes llamarme por teléfono equis veces al día, he llamado para ver donde estabas y con quien estabas.....

Cuando en estas relaciones de parejas juveniles aparece la mentira, compañera de viaje de los celos, de uno a una, o de una a uno, comienza a cocerse un mal caldo de cultivo donde los celos dominan la situación de forma dictatorial. Cuando la red de mentiras sube al techo es cuando la vida de esa pareja se hace irrespirable e imposible.

Tras esta situación, cualquier salida es posible. La cimentación de un crimen pasional ya está colocada para saltar por los aires en el medio plazo.

Nunca he creído a la pareja que ha dicho: Ni él ni yo somos celosos, vamos por la vida con una gran libertad de actuación y opinión. Tanto ladrar es propio de canes que cuando llega el momento muerden de forma contundente caiga quien caiga.

Los celos dentro de la Iglesia Católica

Compartiendo todo lo que el Catecismo de la Iglesia Católica dice de sí misma y sus miembros. Admitiendo que la definición conciliar de la Iglesia como Pueblo de Dios, es el mejor hallazgo que se pudo alcanzar. Sin embargo, como todos los que estamos dentro de la comunidad eclesial somos seres humanos débiles y pecadores, uno de esos pecados más extendidos es la envidia y sus hijos los celos.

En la comunidad de los doce apóstoles se dieron celos descarados y envidias soterradas. En el mismo evangelio el Señor tuvo que corregir a sus discípulos cuando discutían quien sería el más importante en el Reino de los Cielos. Tuvo que tomar a un niño diciendo que quien no se haga como un niño no entraría en el Reino de Dios. Ellos, a pesar de todo, apartaban a los niños porque consideraban que Jesús era “solamente” para ellos.

La familia de los doce apóstoles, de dos de ellos hermanos, llamados los hijos de Zebedeo, acompañados de la madre, fue ella quien rogó a Jesús que sus dos hijos se sentaran uno a la derecha y otro a la izquierda en el Reino de los Cielos. La respuesta del Maestro fue doble: Los puestos a mi derecha o izquierda solamente los concede mi Padre, y, además, éstos deben pasar por la prueba de beber el cáliz que yo he de beber. Si lo hacen será mi Padre el remunerador.

La elección de San Pedro, también, estuvo llena de envidias y celos. Simón a quien llamó Pedro, pescador, viviendo con su suegra, hombre valiente pero titubeante, sensato pero cobarde, es el elegido para ser el Vicario de Cristo en la tierra: el primer Papa. Los demás callan, pero, seguramente, las meteduras de patas de Pedro, que las hizo ante el Señor, serían objeto de mofa envidiosa en las mentes y en las lenguas del resto de los doce apóstoles.

Al constituirse la Iglesia como netamente jerárquica, según podemos leer en los Hechos de los Apóstoles, fue la mejor manera de que el rebaño no se extraviara del recto camino, pero a la vez era sembrar las semillas de futuros actos de envidia y celos entre los componentes y de los miembros de la propia jerarquía. Pedro y Pablo en el concilio de Jerusalén son un momento de prueba fuerte para mantener la unidad de toda la Iglesia Católica, pero tomando una decisión que supuso dedicarse cada uno a un campo diverso para no tener encontronazos naturales entre dos personalidades tan esenciales en la Iglesia naciente.

Cuando, todavía en el tiempo del Nuevo Testamento, de modo singular en las cartas de Pablo se ve estructurada la comunidad cristiana en obispos, presbíteros y diáconos, comienzan los consejos paulinos para que las personas que ostenten estos oficios eclesiales sean gentes nunca envidiosas ni celosas entre sí.

La apuesta por el celibato, como condición sine qua non para la recepción del sacramento del Orden Sacerdotal llevará, inevitablemente, a que quienes encarnan los ministerios sagrados a entrar en una carrera de envidias y celos, explicables humanamente, pero difícil de tragar por el resto de cristianos de la comunidad católica.

El nacimiento de las primeras órdenes religiosas, tanto en los padres del desierto o eremitas, como en los cenobios o vida en comunidad, producen los inevitables roces en la convivencia vecinal o comunitaria. La envidia y los celos quedarán plasmados como un grave pecado a evitar en las diversas reglas monacales que irán saliendo de San Antonio Abad, San Benito y todos los grandes fundadores que vendrán hasta nuestros días.

El campo femenino religioso no se libra de ese gran escollo como es la envidia y los celos, aunque las fundadoras o reformadoras siempre hacen hincapié en la consagración contemplativa nacida de la ofrenda de los tres votos tradicionales: pobreza, castidad y obediencia.

Cuando la Iglesia entra en el gran esfuerzo de pasar toda la cultura antigua y clásica a la nueva etapa que se avizora con la conversión de los pueblos bárbaros invasores del viejo imperio romano, es en el monasterios donde se harán las copias de las obras clásicas, siendo las órdenes religiosas una de las fuerzas ejecutoras de semejante misión cultural. Dentro de los monasterios, ya en tiempos, de San Bernardo de Claraval, existen los oblato, especie de prenovicios que ejercen trabajos de copistas, miniaturistas y calígrafos, produciéndose entre estos oficios unas envidias y celos propios pero sin justificación moral y espiritual ninguna.

Las diferentes reformas intraeclesiales, como la llevaba a cabo por Gregorio VII, buscaban que nunca destacaran las envidias y los celos dentro del clero de las ciudades, que se constituyeron en las grandes aglomeraciones de la vida del clero secular y el regular. El obispo, el cabildo catedralicio, la universidad de curas párrocos, las comunidades conventuales masculinas y femeninas, constituyeron una casta esencial en el desenvolvimiento de la vida de las ciudades feudales, donde quien más tenía más mandaba y más podían manejar a un pueblo cristiano ayuno de cultura y de fe razonada.

El nacimiento de las órdenes mendicantes consistió en un aire nuevo donde parecía que nunca tendrían en su interior la envidia ni los celos entre aquellos primeros frailes que siguieron a San Francisco de Asís y a Santo Domingo de Guzmán. Pero cuando los creadores murieron, cuando la primera generación pasó, las actuaciones envidiosas y celotípicas entre los hermanos franciscanos y dominicos crecieron de modo alarmante.

Además, nació por aquellos años las envidias entre los religiosos de vida activa y el clero secular o diocesano, quien los miraba como unos competidores en el trabajo apostólico y parroquial.

Tales celos y envidias entraron en el mundo laical, cuando las órdenes mendicantes disponían de una tercera orden seglar, siempre dirigida por religiosos de la orden. Son famosas las procesiones penitenciales de unos y otros cuando en tiempo cuaresmal o de Semana Santa se encontraban en algún cruce de calles, terminaban en peleas callejeras y en tumultos ciudadanos donde uno de los motivos siempre eran las envidias y los celos mutuos imposibles de superar.

Dentro de los cabildos catedralicios y colegiales se dieron una división clasista poco estudiada: los canónigos dignidades, los canónigos simples, los beneficiados, y la capilla de música, donde entraban el organista, el salmista y el cantor, junto al grupo de niños conocidos como los “Seises”, que aún hoy, están como pieza exótica en alguna catedral del Sur de España.

Los archivos de los tribunales eclesiásticos están llenos de litigios entre unos sectores y otros, entre unos oficios y otros, solamente con observar un par de carpetones atestados de papeles se llega a la conclusión que las envidias y los celos llevaron a muchos individuos a torpedear, zancadillear y matar, si hubiera venido al caso, con tal de anular la provisión de un cargo, o de condenar al ostracismo al que podía hacer sombra al jefe de turno.

Dados los poderes de los cabildos catedralicios y colegiales, en algunos casos sobre el mismo obispo del lugar, entrar en los llamados entonces “hospicios de la aristocracia” era la meta de los ordenados in sacris, quienes vivían un desaforado carrerismo dentro del servicio a la Iglesia. Existieron casos de obispos que desearon que su secretario personal ingresara como canónigo en el cabildo de la catedral. No lo consiguieron porque el bloque férreo de los miembros del mismo lo impidió y lo dilataron en el tiempo llevando el asunto a los tribunales eclesiásticos y civiles, si hubiera venido al caso. Cuando la sentencia llegó habían muerto los actores de la causa judicial.

Llegó el concepto del “clero vago”, es decir, el clero que se movía de ciudad en ciudad buscando entrar en la escalera de los elegidos para subir en cargo y, mediante artimañas de envidia y celos, alcanzar la cumbre del poder clerical en la ciudad que fuese.

Al no existir, aún, en la Edad Media, los seminarios como tales, comenzaron los colegios episcopales, y catedralicios, que condujeron al nacimiento de las primeras universidades amparadas y protagonizadas por miembros de la propia Iglesia. La Sorbona de París, la de Palencia, la de Salamanca, la de Bolonia...crearon una institución que hizo mucho bien a la teología católica y al nacimiento de herejías.

Bucear en los entramados de las envidias y celos universitarios, en los propios archivos de la entidad docente, es pasear por muestras de la humanidad contaminada de aquellos hombres que entregaban su vida a la docencia, a la investigación, y al arte de poner trampas de envidia y celos para hundir al catedrático tal y sus alumnos itinerantes, que eran el formato curricular de entonces con el estudio del Tribium y el Cuatribium.

Al aparecer el tribunal de la Inquisición, tanto en Roma, como en España y el resto europeo, volvemos a reconocer a unos actores de la ortodoxia, capaces de inventar por envidia y celos, los más atroces crímenes intelectuales y morales, con tal de hundir en la cárcel o quemar en la pira pública al medio inocente de turno, que a veces pasaba por

allí, o era víctima de alguna perversa conspiración de las tantas que existen a lo largo de los siglos de la existencia de la Inquisición.

La Inquisición fabricó el concepto del inquisidor, persona huraña, amiga de subir y escalar, fariseo de tomo y lomo, pelotillero de postín en la corte episcopal, enemigo de todo quien le pudiera hacer sombra en su ascenso carreril, y capaz de envenenar el agua de una ciudad para que muriera su “enemigo”, aunque en el lance mueran equis inocentes que bebían la misma agua de la única fuente pública existente para personas y animales de carga.

Este concepto de individuo se incrustó en los genes humanos que aún hoy día existen de forma palmaria dentro de la Iglesia local y universal.

Este envidioso y celoso inquisidor, entró igualmente en clérigos, quienes sin representar cargos en la inquisición como institución, copiaron lo peor de los verdaderos miembros de la Santa Inquisición.

Los caracteres de estos tipejos son los siguientes:

1.- Van por la vida de místicones, es decir, les preocupa mucho que la gente los tome como clérigos muy orantes, cumplidores de todas las normas legales, consejeros de las mejores familias, de donde siempre sacan algo y nunca dan nada positivo.

2.- Van por la vida para adueñarse de la conciencia ajena suministrando dosis de unos consejillos espiritualistas aprendidos en la forma de orar del fariseo de la parábola evangélica.

3.- Van por la vida llenos de un ansía de dominio sobre los cuatro tontos que les contemplan sus escritos plúmbeos, sus moralizantes doctrinillas, y sus afanes de cerrar el paso a alguien que les descubra su propio juego de hipocresía.

4.- Van por la vida, como obispillos castrados, buscando un rincón donde crear su secta, porque para eso sí que valen, aunque previamente limpian la era de cualquier intruso que va por libre sin someterse al capricho envidioso y celotípico de estos mequetrefes con ínfulas de fundadores de algo, que se cae como un castillo de naipes, en el momento menos pensado.

5.- Van por la vida dorando y adorando la píldora de la autoridad legítimamente constituida, aunque en privado, la ponen a caldo. Esa misma autoridad les tiene en consideración dándole carguetes de confianza, donde el celoso y envidioso reparte estopa a todo bicho viviente que no le dore la píldora a él, como él hace a su jefe.

6.- Van por la vida estos inquisidores viviendo del mismo pelaje hasta cuando redacto estas líneas que es el mes de febrero del año en curso.

En el ambiente de envidias y celos descritos aparece un personaje singular desde la infancia y la juventud: Martín Lutero, quien con su conducta personal como fraile, sus escritos contra las indulgencias y su obstinación ante el Papa y el Emperador, da el paso de crear la Reforma protestante.

Nacen en ese momento nuevos modos de envidias y celos, que arrastran a muchas gentes, de modo especial laicos, a llenar páginas históricas de situaciones tan carnalescas que harán decir al mismo Lutero: “Entre nosotros existen tantas opiniones, como tantas cabezas.”

Esta exaltación del libre albedrío entrará en los reformadores de modo impetuoso, y por imitación, llegará a ciertos católicos ávidos de nuevas maneras de envidia y celos.

La Contrarreforma católica estuvo muy bien llevada y concentrada en el Concilio de Trento, donde, a pesar de las interrupciones, se llevaron a cabo doctrinalmente las bases de la teología que ha llegado hasta la mitad del siglo pasado.

En el plano canónico la creación de los seminarios diocesanos fue una conquista nunca bien ponderada en aquella época. Y el obligar a los obispos a residir en sus propias diócesis sin aglutinar en las mismas manos diversos privilegios que constituyeron caldo de cultivo de muchas rencillas nacidas de la envidia y los celos clericales de aquellos años.

Comenzando por esto último, el concilio fue muy claro: no puede un obispo no tomar posesión de su sede por poderes, ni tampoco disponer de dos sedes a la vez, sin atender ninguna de ellas, colocando a sus familiares o amistades como gobernadores eclesiásticos de equis mitras.

Fue la figura de los gobernadores eclesiásticos, quienes crearon, a imitación de los obispados mitrados, una corte de clérigos palaciegos que luchaban por ser los validos o favoritos de la voluntad del gobernante colocado a dedo por el obispo titular, que nunca pisó la tierra de la diócesis. Las trampas, las zancadillas, las envidias, los celos estuvieron a la orden del día, de tal forma que la crónica de sucesos y lances duelistas llenarían un enorme tocho si se estuviera escarbando en los archivos diocesanos correspondientes.

La creación de los seminarios conciliares, como comenzaron a llamarse, consistió en abrir centros de formación de los futuros sacerdotes diocesanos, quienes apoyados sobre la sana doctrina nacida en Trento serían los pastores santos y sabios que condujeran al rebaño del Señor por el camino de la santidad y el seguimiento de Cristo.

Esta bucólica visión conciliar de los seminarios chocó con la frontal realidad, cuando en los obispados concretos se tardó un siglo o más en abrir tales centros de formación sacerdotal. En otros más diligentes se abrieron los centros de estudio seriamente planteados a la sombra de alguna universidad local.

Los seminarios trajeron dos aspectos uno positivo y otro negativo.

El más positivo estuvo en la seria formación de los aspirantes al sacerdocio de una manera armónica y estructurada. Superando la costumbre anterior a Trento que los futuros curas se formaban junto a los curas al frente de las parroquias produciendo un clero analfabeto, menos en el aprendizaje memorístico del latín macarrónico para la celebración de la misa siempre con su correspondiente estipendio. Estos curas vagos e ignorantes hicieron lo que pudieron, pero era poco porque su formación era nula.

El más negativo se asentó en que el clero comenzó a salir de los seminarios con un nivel intelectual más alto, pero más peligroso para la estabilidad de la propia iglesia diocesana, presidida por el obispo residencial. Entre el clero se produjo una doble clase: el clero alto: miembros de cabildos catedralicios, profesores del seminario, abades de colegiadas, arciprestes, párrocos vitales....Y el clero bajo: capellanes, coadjutores, vicarios, oficinistas curiales, copistas de documentos....

El refranero castellano nos dejó piezas maestras de esta situación eclesial tras el concilio tridentino. Por ejemplo: Curas de misa y olla; mi olla, mis misa y mi luisa; curas como pájaros pardales tras la siega.....

Las envidias y sus hijos los celos crearon escenas de gran caudal humano y peligrosamente anticristiano que pasaron a las mejores páginas de la literatura realista de los siglos posteriores, presentando la figura de la clerecía como un ejército puesto en pie solamente para zascandilear y zancadillear al que tenía al lado o delante.

Con mejor cultura, los clérigos se arrimaron aún más a los señores del lugar: condes, duques, marqueses, barones...cuyas cortes palaciegas se conocían las virtudes y defectos del clérigo o clérigos convertidos en capellanes familiares o en confesores y directores espirituales, que organizaban intrigas y conspiraciones tras las rejillas de los propios confesionarios.

La oratoria, urgida por las normas de Trento, creó un tipo de clérigo imitador de los grandes oradores de la Roma clásica como Cicerón y compañía. Era un nuevo estilo de ejercer la envidia y los celos ante los demás, quienes provistos de hojarasca verbal eran capaces de estar largos ratos hablando sin descender a nada concreto ni transmitir una sola idea pastoral que llevarse a la alimentación de la vida espiritual.

La gente del pueblo común lo expresaba muy claro: ¡Qué bien hablar el orador!, decían cuando salían del acto de culto. Si alguien les preguntaba qué había dicho, la respuesta era directa: Yo no lo sé explicar, pero ha estado muy bien.

El sacerdote y escritor Feijó lo reflejó muy bien en su libro sobre Fray Gerundio de Campazas.

Para evitar los privilegios dentro del clero se crearon las oposiciones a curatos, lo mismo que las había a ser miembros del cabildo catedralicio o colegial. Estos exámenes eran convocados por el obispo diocesano con objeto de proveer los cargos pastorales en las parroquias que estaban divididas del siguiente modo:

- Parroquias rurales
- Parroquias semiurbanas
- Parroquias de término
- Parroquias propias.

La convocatoria a oposiciones era pública y publicada en el Boletín Oficial de la diócesis. Los componentes del tribunal eran elegidos por el propio obispo. Los temas a

ser preguntados en las oposiciones versaban sobre Derecho Canónico, Moral y algo de Catecismo, nacido del esfuerzo del Concilio de Trento.

Otra conquista esencial del concilio estuvo en obligar a los párrocos a impartir la doctrina cristiana al pueblo fiel los domingos por la tarde. Era una forma de alcanzar que el pueblo no tuviera la ignorancia religiosa que tantos males había provocado hasta ese momento.

Toda esta operación era muy superficial, porque formar en la fe a unas gentes que eran analfabetas totales a nivel cultural, era una obra hercúlea. La asistencia a la doctrina cristiana era libre, pero relativamente, ya que los curas decían a los fieles por las calles de la feligresía: “El domingo no estuviste en la doctrina”. Los fieles mentían ante tales requerimientos.

Para atraerlos y mantenerlos en la sesión de doctrina dominical, algunos clérigos comenzaron la manera de regalar algunas cosas que pudieran satisfacer las necesidades más vitales de los asistentes: ropa de abrigo en invierno, dotes para bodas, hatillos para el niño que iba a ser bautizado, comida.....

Con el paso del tiempo, la sesión de doctrina cristiana comenzó a sistematizarse, sobre todo en el siglo XIX, naciendo la catequesis todavía general y masiva. En esta renovación entraron las damas catequistas, que así comenzaron a llamarse, tanto que algún fundador y fundadora crearon congregaciones religiosas como las Damas catequistas, las Religiosas del servicio doméstico, y las Damas apostólicas.

Entre el clero semejante invento no les entró por los ojos a las primeras de cambio. Las parroquias, normalmente, en ciudades grandes, introdujeron a las damas de la catequesis para mejorar los contenidos y los métodos de educar en la fe al pueblo sencillo. Algunos de los curas de la parroquia vieron esta introducción como una injerencia en su papel de sacerdotes. Formándose una larga y espesa cortina de celos y envidias, sacando los defectos de las señoras de buena posición social que acudían a colaborar con el párroco de la iglesia.

Las damas de la catequesis fueron seleccionadas de la clase noble aburrída, o de la burguesía nacida al amparo de las diversas desamortizaciones eclesiásticas que sufrió la Iglesia en España a lo largo del ochocientos. Una estampa criticada por pintores, poetas y refranes populares era que las señoras acudían con las criadas de la servidumbre de su propia casa, dándose el enorme chasco que las criadas entraban en la catequesis general sentándose en sitio aparte del resto de gente y de las damas de la catequesis.

Los celos pastorales, entre curas de una feligresía y de otra, se sacaban a relucir en las visitas pastorales de los obispos diocesanos, que debían producirse, según las normas del tridentino dentro de cada decenio, a las parroquias de su demarcación diocesana.

Eran días de mucho trabajo para los curas de la parroquia: el párroco, los coadjutores. Y el personal adherido: sacristanes, organistas sochantres, y monaguillos. Se hacía una campaña de limpieza de vasos sagrados, se acometían tareas de blanqueo de paredes interiores y exteriores del templo, se repasaban los ornamentos litúrgicos, en este papel eran llamadas las damas de la catequesis quienes con costureras vigilaban cómo éstas hacían su trabajo por el que no recibía salario alguno, salvo la correspondiente limosna

entregada por el párroco o alguno de los coadjutores, normalmente el que ostentaba el cargo de receptor o tesorero o fabricano de la parroquia.

Vuelven los celos a salir a la superficie cuando una parroquia era señalada por el visitador canónico que acompañaba a la medio corte episcopal, cuando se encontraban algún rincón lleno de mugre, ropas litúrgicas de poca entidad y calidad, candelabros llenos de cera negra por el paso del tiempo....En seguida, la noticia corría como la pólvora por la ciudad con afirmaciones medias, es son las peores mentiras, y el correspondiente alegrón en los curas que habían pasado la visita pastoral con algún aprobado medio raspado. Las envidias y los celos volvían a salir de paseo durante largos meses, porque no existían otros problemas más importantes que solucionar en aquella Iglesia que caminaba hacia el nuevo siglo XX.

Durante aquellos decenios nacieron las mejores plumas del realismo literario español de la época: Clarín, Pérez Galdós, Juan Valera....hombres que pusieron su pluma al servicio de contar la vida de la Iglesia en España donde destacaban las figuras de curas dispuestos a hacer carrera dentro del escalafón al precio que fuera; damas de la alta burguesía aburridas y desconsoladas; sacerdotes glotones hasta la saciedad, sobre todo en las meriendas de las casas de los señores burgueses, donde se comían churros con chocolate, acompañados de una riquísima dulcería salida de las manos artesanales de las tahonas más afamadas de las ciudades y pueblos.

La educación, en manos de las órdenes antiguas y congregaciones religiosas nuevas dedicadas a esta misión, era un amplio campo para crecer las envidias, los dimes y diretes, los celos, las zancadillas, los chismes....que las retrató muy bien el padre jesuita Luís Coloma, en sus novelas, sobre todo la titulada Pequeñeces.

Tras estos cuadros plagados de envidiosos y celosos, el pueblo iba alimentando un feroz odio a la clerecía, es lo que se comenzó a llamar anticlericalismo español, que ha llegado hasta las fechas en las que estoy escribiendo este tratado.

Cuando había una revuelta social y política, se puso de moda alancear, asesinar, colgar, acuchillar y fusilar a equis curas, frailes y monjas. El ansía de sangre clerical satisfacía los instintos primarios de aquella caterva de anticlericales militantes en la llamada izquierda y en una buena parte de la derecha ideológica.

El odio al mundo clerical llegaba hasta la profanación de las ropas y vasos sagrados, y a la exhumación de las tumbas en el interior de los monasterios atacados por las hordas llenas de odios y celos sembrados por una clerecía que vivía como potentados al margen de un pueblo hambriento de cultura y pan.

Todos estos ingredientes, trufados de marxismo ateo, condujeron, en España, a las persecuciones más atroces de la moderna historia de la Iglesia. Ocurrieron en la década de los años treinta del siglo pasado. Más de diez mil víctimas cayeron en España por defender el nombre de Cristo y a la Santa Madre Iglesia. Con posterioridad la misma Iglesia ha reconocido la palma del martirio a estos hermanos sacerdotes, religiosas y laicos que con el derramamiento de su sangre obtuvieron unas semillas vocacionales que llenaron los seminarios y los conventos durante los años cuarenta y cincuenta de la centuria pasada.

A pesar de pasar por estos inmensos ejemplos de martirio y exaltación de virtudes heroicas, las envidias y los celos no se fueron de la vida ordinaria de la clerecía española. Siguieron adelante y tomaron nuevas maneras de expresión doméstica y palpable, aunque la prensa y la literatura no lo reflejaron como en siglos pasados.

Sin embargo, en la vida ordinaria seguían las envidias celosas creando zancadillas y zascandiles dignos de otros tiempos pasados, que ya hemos descrito.

En los últimos setenta años podemos encontrar dos cuadros de la envidia y los celos en el interior de la Iglesia Católica que peregrina en España:

1.- El clero salvado de las persecuciones de los años treinta, miraban el presente y el horizonte inmediato, con un desdén propio de quien tuvo que vivir escondido entre un tabique sin ver la luz solar, o quien pisó la cárcel, pero la Providencia lo consiguió salvar de una muerte segura. No eran amigos de prebendas ni grandes cargos, se mantenían con dar gracias a Dios por estar vivos que ya era bastante para ellos y sus familias respectivas. He conocido a varios de estos curas, he escuchado de sus labios sus encierros obligados que ponen a la persona al borde la locura, y he observado cómo solamente deseaban dar gracias a Dios por el nuevo día que amanecía.

2.- El clero criado en la inmediata posguerra en los inmensos seminarios pasó mucha hambre, alcanzó la ordenación sacerdotal, y con el flujo del viento a favor, con el paso de los años, con el nacimiento del consumismo, ha perdido parte de su identidad, dándose la paradoja de estar entre los más envidiosos de otros y celosos de los demás, que los adelantaban en los cargos a dedo por la derecha y por la izquierda.

Con la llegada del Concilio Vaticano II cayeron todas las oposiciones que se tenían antes para ingresar en los cabildos catedralicios, ahora era el dedo episcopal de turno quien llenaba los hospicios de la aristocracia, que pasó a ser una meritocracia al obispo del momento.

También, desaparecieron las oposiciones a curatos, lo que supuso que era el dedo episcopal quien señalaba el cargo, la parroquia y el pueblo, donde iban los sacerdotes a ejercer su ministerio episcopal. Antes del Concilio eran las camarillas del poder entorno al obispo quien dispensaba los cargos a los enchufadillos de algún miembro del núcleo duro del poder episcopal correspondiente.

Para, medio justificar tales formas de gobierno, nacieron, tras el Concilio los conocidos como consejos episcopales, compuestos por los vicarios episcopales de zona, que eran una especie de ascensión de los viejos arciprestazgos ampliando el suelo territorial. Estos vicarios han sido nombrados por el dedo del obispo, quien se escudaba tras las espaldas de estos “colaboradores”, a la hora de mover a un sacerdote de un cargo a otro, sin escuchar a la pieza cambiada dentro de la tabla de ajedrez en la que siempre juegan otros por ti.

Cuando algún sacerdote ha pedido salir de ese cargo pastoral, en algunos casos le han tenido en cuenta su petición, pero no ha sido siempre ni buscando la mejor solución a la persona y al lugar donde ha llegado destinado.

He conocido casos de sacerdotes, a los que el obispo del momento les ha dicho la siguiente frase:

-Busca, tú, donde quieran admitirte y yo firmo el nombramiento.

Semejante locura, ha llevado a varios compañeros a pedir la reducción al estado laical de modo rápido y contundente.

Mientras, las envidias y los celos seguían haciendo de las suyas, tanto por medio de conversaciones, como por escritos, sin verificar ni hablar nunca con los encartados en los asuntos presentados.

Estas injusticias nunca se sustanciaban llamando a las personas señaladas, sino que daban los asuntos por amortizados ejecutando un silencio administrativo sepulcral, absolutamente injusto.

Las envidias y los celos de los tiempos actuales siempre tienen estos caracteres:

- 1.- El ejecutor de la zancadilla siempre tiene un currículo intachable de misticón.
- 2.- El sufridor posee una fama de ir a su bola y a su avío.
- 3.- El ejecutor de la zancadilla es un personaje de obediencia perruna, sin haber regado fuera del tiesto nunca.
- 4.- El sufridor nunca le han dejado expresarse, porque temen a su lengua suelta y ramplona.
- 5.- El ejecutor de la zancadilla es una persona gris, escondida, cobarde, tirachaquetas, actor por intermediarios, castrado mentalmente y obseso de que nadie le haga sombra.
- 6.- El sufridor es un tipo confiado, ciertamente medio tonto, que no las ve venir hasta que le llega la pedrada en la cabeza.

Los celos y las envidias clericales actuales son para pasarlas a la consulta de un médico de la mente que tenga experiencia en las relaciones laborales de otras empresas. Porque las relaciones laborales entre iguales en la Iglesia Católica son para un médico con mucha experiencia profesional.

¿Los actuales ejecutores de zancadillas son curas mayores con colmillos retorcidos?

Respuesta:

Existe de todo. Algunos son alumnos de los que sufren las zancadillas, a los que enseñaron y extrajeron del común de los mortales para promocionarlos a cargos en los que actualmente se encuentran. Es el alumno que mata al maestro.

Consecuencias psíquicas

A lo largo de todo este Tratado han ido saliendo una serie de consecuencias psíquicas que están en las vidas de las personas que actúan por envidia y celos. Llega ahora, el momento de resumir:

- 1.- Los celos envidiosos son una enfermedad incurable y transmisible de generación en generación.
- 2.- El envidioso y celoso es un personaje con doble vida. La que ve el público y la que conoce su espejo instalado en su conciencia.
- 3.- Este tipo de personas nunca son felices ni humanamente, ni espiritualmente. Porque nunca están en paz consigo mismos, ni con los demás, ni con Dios.
- 4.- Dentro de la Iglesia Católica la envidia y los celos son motivo para que equis personas abandonen la práctica de la fe de modo definitivo al conocer o presenciar situaciones de zancadillas de celos.
- 5.- Cuanto mejor se analicen estas actitudes y se les ponga soluciones, irán aumentando las vocaciones sacerdotales y religiosas. Uno de los grandes retos de la Iglesia de hoy.
- 6.- Existen congregaciones sin novicios, diócesis sin seminaristas, en todos los casos deben analizarse si la raíz está en que en esos lugares se respira, se mastica y se fomenta la envidia y los celos de modo público y notorio.
- 7.- La infelicidad manifiesta de los envidiosos y celosos les lleva a no saber reír con sinceridad, limpieza de corazón y honradez de espíritu.
- 8.- Estoy plenamente convencido que solamente la oración humilde ante Dios cura las envidias y los celos en laicos y curas.
- 9.- La lectura de libros de espiritualidad cristiana es un apoyo esencial para aprender que con la ligereza de equipaje otros maestros espirituales consiguieron no ser envidiosos ni celosos.
- 10.- La dirección espiritual equilibrada es una de las mejores puertas a las que acudir para salir del pozo de la envidia y de los reclamos publicitarios de los celos.

Conclusión general

Me consta que éstas páginas no han servido plenamente más que para esbozar un defecto humano que nace con el ser humano y nos acompaña a lo largo de toda la vida. Pero sirvan como reflexión para que cada uno vayamos completando este Tratado, que solamente ha intentado abordar un problema que levanta ampollas en la vida social, familiar y eclesial en cualquier esquina de nuestra trayectoria vital.

Muchas gracias por llegar leyendo hasta este final.

TOMAS DE LA TORRE LENDINEZ